

En general la pieza se encuentra sucia, por lo que la piedra ha adquirido una tonalidad grisácea bajo la que se adivina el color originario arriba indicado. En el costado derecho, por lo demás, se ve afectada por una costra de microorganismos.

La cabeza del varón se conserva en la actualidad hasta el arranque del cuello, siendo sus medidas de 21'5 × 15 × 11'5 cm. Por el modo como se presenta en la parte baja del cuello, me inclino a pensar que en su día se trató de una pieza completa y no de un exvoto aislado, como es el caso de numerosas cabezas masculinas de medidas y rasgos morfológicos similares y que sí pudieron haber sido tales exvotos independientes desde un principio³.

Pese a las pérdidas, el corte general del rostro y sus principales elementos constitutivos son susceptibles de análisis, siquiera somero. En primer lugar llama la atención el óvalo por lo extremadamente alargado y fino, no habitual en las piezas de esta tipología y que creo se ha de interpretar aquí como un condicionamiento de tipo material o un error de cálculo por parte del autor. Así lo indicarían los ojos, más juntos y pegados a la nariz de lo que sería conveniente para dar naturalismo a la efigie. En efecto, la acusada inclinación de los ojos con respecto a la nariz y la misma situación de la boca, no deberían en este caso interpretarse como caracteres de «escuela», sino, a mi entender, como resultado de la incapacidad del artesano o la limitación impuesta por el bloque pétreo para plasmar un rostro naturalista⁴. Podría pensarse que tal naturalismo no tuvo necesariamente que perseguirse. Sin embargo, parecen delatar las intenciones del autor en tal sentido la forma de las orejas, sumamente realistas, así como lo que se ha conservado de la boca.

Sí podrían considerarse un carácter propio de escuela el tipo de ojos, de párpado biselado, forma apuntada, situados en el centro del rostro, etc. Pero los exvotos del Cerro de los Santos nos suelen desconcertar al presentarnos a menudo estos rasgos combinados con otros que podríamos calificar de más regulares y proporcionados, o viceversa, con elementos chocantes en cabezas del tipo realista, como las orejas en forma de voluta o bastón...⁵ En definitiva, resulta difícil localizar las creaciones de un determinado taller cuando una de las características más peculiares del Cerro es la diversidad de sus producciones dentro de una gran homogeneidad aparente.

Basándonos en el resto del rostro tendríamos que la nariz, a juzgar por su arranque —por lo demás lo único conservado— presentaba un pronunciado volumen con respecto a los ojos⁶. En cambio éstos resultan, al igual que las mejillas,

³ M. Ruiz Bremón, *Op. cit.* en nota 1, p. 86-7.

⁴ Un óvalo exageradamente estrecho presentan —y puede que también por haberle faltado la piedra al escultor— las cabezas n.º 258 y 263 (Mónica Ruiz Bremón, *El santuario ibérico del Cerro de los Santos (Tesis Doctoral)*, U.C.M., Madrid, 1985 (ejemplar en microfichas).

⁵ Puede observarse este contraste en la figura n.º 308 (*Ibidem*), una cabeza velada al modo romano y por tanto de baja cronología, cuya oreja es eminentemente decorativa.

⁶ Es frecuente que este elemento se haya perdido a consecuencia de los golpes sufridos por las piezas. No obstante, podemos encontrar algunos paralelos formales en las cabezas aisladas n.º 246, 253, 286, etc. del Cerro de los Santos.